

Signos de admiración

## AMARGA MEMORIA

MANUEL ANDUJAR

**E**STOS signos de admiración se transmutan en grafito de exclamaciones, interjectiva prosapia y exprimidas rabias: porque pública existencia y destrabada circulación adquieren los versos que, con intacta fuerza, reservaron durante tantos oprobiosos años su ardiente escritura y gallarda rima. Una "memoria amarga" que quizá implique perdón, si tardía nobleza obliga; jamás olvido.

De 1956 a 1977, un poeta (del exilio interior, que empieza a revelarse y debemos descubrir, alrear, para educativa advertencia general y singular aviso de vocingleros incautos) recogió sus acbares, sustentándolos en esperanza indomeñable. Hombre, como todos los de talla completa, de vetas polémicas, objetoras y contradictorias, curtido en asperezas y ternuras, pertenece al género de españoles que, por origen, padecer y experiencia populares, se apartan, radicalmente, de la vasta geografía peninsular del señoritismo carpetovetónico, según el sólido calificativo del maestro Corpus Barga.

La españolidad de lugar —alcarreño— y de casta —artesanal— de nuestro agonista revive las profundas sentencias coloquiales de "Belarmino y Apolonio", la gran novela, en accidental rincón, de Ramón Pérez de Ayala, y proclama un raro, inflexible espíritu de justicia, a tramos rayano en lo fiscal.

Lleva a cuestras "la pena verde que da el silencio de Castilla", y nos habla, la cachava en escarabe de terrones, "de esta soledad tan combatida / donde el odio desvela sus raíces / y la serpiente delatora silba / desde la oscuridad, quitando el sueño".

He aquí, muy verbalizada, la rotundidad ("chulear, pajarear") de una de las más apasionadas y merecidas invectivas del régimen que degradó la condición de España y la personalidad de sus hijos legítimos. Y que cuando apela al símil rudo, agresivo, a la frase restallada y primigenia, es por rechazo de la tiña y la carroña, y del desafiado, en derredor y en sí sufridos.

No tropezamos, por tanto, con esas pautas a las que hubieron de amoldarse otras expresiones ilustres, mediante elipsis y rodeos, circunloquios y saetas, sino que es directa acusación, abierta iracundia. O bien, sin pallativos, el viril desencanto: "Ponemos bellos nombres / a torpes realidades / que a veces suenan alto / —honor, Dios, patria, padre— / y luego están vacíos".

Ocho romances testamentarios —lo notarial en cabeza— que vertebran los poemas adyacentes de la navajeadada circunstancia. Textos de varia extensión, para mí entender y compartir más significativos los concentrados, de cuasi labriega parquedad y tino. Acido fruto de la desgracia instituida, contienen el dolor del socializado escarnio, replican a una actualidad empozoñada, aceptan ese



Ramón de Garciasol.

condicionamiento y desafían a las muertes caedizas. Sin embargo, en la gavilla abundan airadas coplas que vibrarán en cualquier futuro momento, descascaradas de anécdota. Idioma forjado el suyo y de una honda raíz reivindicativa, de la dignidad humana que el cancerante despotismo agredió con sádicas reiteraciones.

De aquella desplegada iniquidad y de sus salpicaduras de vileza nos salva también la voz —profética, misonal, tonante y tronante, a ratos a lo quevedesco emparentable— de Miguel Alonso Calvo, luego Ramón de Garciasol, que escupe a la falsaría "paz de España" su "amarga memoria", enderezada a particular y colectiva meditación: "... ganas de verle / al destino la cara, / de saberle: / por qué pasas, pasamos, / por qué duele / ahí dentro misterio..."

Entre la literatura testimonial que sobre esta aciaga época, la de la dictadura, aún vigente en determinados artilugios y mentalidades, se produjo a usanza marginal y alusiva, o hubo de reconocerse en humillantes calleares, la "Amarga memoria de la paz de España" ventila una serie de imprecaciones, por lo común de orden ético, que reflejan atmósferas y emplazamientos y no rebabas de mostrencos sucesos. Algo más que un libro: la manifestación vital de quien capaz de jocundeces, anclado en límpidos sueños de infancia (que nos aguardan en sus cuentos evocadores, "Las horas de amor y otras horas"), imbuido moralista y peregrino de trascendencias, obligado se vio a crispar los puños y a rechinar los dientes, a caminar, confinado el albedrío, el espíritu consustancial, por el bullicio y vanagloria matritenses.

Ya respira Miguel Alonso Calvo, Ramón de Garciasol, a pleno pulmón, aliviado. Ya rinde fervoroso, renovado tributo, en obra de fresca tinta, a Rubén Darío.

Ante su "Amarga memoria de la paz de España", aprestad los oídos, no apaguéis las luces de la sensibilidad y de la conciencia. ■

desconocidas para el público español, como es el caso el excelente resumen sobre la teoría crítica en los Estados Unidos en su época más reciente. Lo mismo se consigue con otros capítulos, como el referente a la reflexión crítica sobre la acción social, o los relativos a la transición de la ciencia social y al interaccionismo simbólico, enmarcado en los parámetros del pragmatismo y del marxismo, con lo que consigue dar una visión subjetiva, y con lenguaje muy profesionalizado, pero con indudable profundidad y acierto, a unos problemas teórico-sociales que no sólo son problemas del autor, sino que son temas que preocupan a todo aquel que se mueva en discurso de inquietud por la ciencia social.

Quiero hacer especial mención al capítulo denominado Crisis de legitimación y capitalismo avanzado, en el que Rodríguez Ibáñez proyecta, por encima de divagaciones teóricas, sus preocupaciones.

Se trata de un brillante ensayo y ejercicio académico, a la vez que enriquece los conocimientos de todos aquellos aprendices de la sociología, haciendo al mismo tiempo una excelente aportación al necesitado acervo de la sociología hispánica. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

La guerrilla...  
"et l'amour"

Un chiste-tópico sobre los franceses propone que, hasta para disertar sobre los elefantes, comienzan diciendo: "L'éléphant et l'amour". Como para reforzar el tópico, Régis Debray, en su segunda novela (1), narra una historia de guerrilleros que pronto revela su verdadero rostro de teorización metafísica sobre las relaciones entre tan arriesgado quehacer y el "amor".

Debray, otrora más o menos enrolado en la guerrilla boliviana del Che, y cautivo algún tiempo de la dictadura militar de La Paz, amén de teorizador en varios opúsculos sobre la necesidad histórica de la guerra de guerrillas en Iberoamérica (el más difundido y mítico fue "Revolución en la revolución"), evolucionó desde su definitivo regreso a la

(1) Régis Debray, La nieve que nos. Grjalbo, 1978.